

EL SENTIDO DE LO EXTRAÑO*

ORTEGA Y GASSET, José: *Las Atlántidas y otros textos antropológicos*, edición de José Ramón Carriazo Ruiz. Madrid: Tecnos (Los esenciales de la filosofía), 2015, 369 p.

DOMINGO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

ORCID: 0000-0002-6893-6097

La selección de textos antropológicos de José Ortega y Gasset que, con cuidado y detalle, ha elaborado José Ramón Carriazo, exige ciertas instrucciones de lectura. El editor las presenta con claridad en su minuciosa “Introducción”, y no era sencillo hacerlo. Porque el hecho es que eso que etiquetamos como “antropología de Ortega” no es cosa que pueda circunscribirse con facilidad en

su sistema. Y, sin embargo, se trata de algo esencial, entre otras razones porque afecta a ciertas claves, determinados pilares básicos que sustentan el pensamiento de Ortega en su conjunto y que lo recorren de principio a fin. No es difícil intuir ambos elementos, la compleja determinación y el carácter fundamental de la antropología, si recordamos algunas de las expresiones que Ortega utiliza de modo paralelo: “*Conocimiento del hombre o antropología filosófica*” (p. 241)¹, “la antropología como la *nuova scienza*, el ejemplar y más riguroso saber del tiempo futuro” (p. 294), “una disciplina de Humanidades” (p. 131), etc. A todo ello ha de sumarse, además, el hecho de que el lugar de la antropología en Ortega no afecta únicamente al ámbito teórico, a su pensamiento filosófico, sino que se intermiscoye también en la propia biografía

* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2013-48725-C2-1-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¹ Todas las páginas remiten a la edición reseñada.

Cómo citar este artículo:

Hernández Sánchez, D. (2016). El sentido de lo extraño. Reseña de “Las Atlántidas y otros ensayos antropológicos”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 221-224.
<https://doi.org/10.63487/reo.320>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril

del pensador español, en las tareas y empresas de una época, en la red de relaciones que definen el lugar de Ortega en las aventuras intelectuales del periodo. Todo *muy del tiempo*, muy de Ortega, de nuevo situado ante otro “de los síntomas más auténticos de la sensibilidad que habita hoy los senos del alma europea” (p. 89).

Hablar de la antropología de Ortega, entonces, no implica únicamente detectar y organizar su ineludible presencia en el desarrollo de la razón vital y la razón histórica. Exige también conocer las traducciones de Shulten o Frobenius; las visitas a Numancia; las ediciones de Revista de Occidente; las actividades de la Residencia de Estudiantes y, en concreto, las de la Sociedad de Cursos y Conferencias; los intercambios epistolares con M^a Luisa Caturla; la obsesión general por la arqueología y la etnología o, utilizando el título de Gombrich, la *preferencia por lo primitivo* que recorría el periodo; los inicios o desarrollos epocales de determinadas ciencias, etc. Observado todo ello de modo panorámico, podría afirmarse que, si una de las claves teóricas para entender la antropología de Ortega es su relación con lo histórico, junto a ella debe discurrir una clave práctica que afecta a una época, una generación, una vida... una historia, *otra* historia.

Esta historia de la relación con los asuntos antropológicos, sea a través de empresas y personajes, sea mediante traducciones y conferencias, es la que, sin olvidar en ningún momento las claves teóricas, rastrea José Ramón Carriazo en su espléndida “Introducción”: la narración de una historia, por tanto, para casi novelar la presencia biográfica de la

antropología, ese saber que, precisamente, adquiere uno de sus sentidos más plenos en la influencia que ejerce sobre la filosofía orteguiana de la historia. Como si se hicieran explícitas aquellas preguntas e insinuaciones de Ortega sobre su *nuova scienza*, referida ahora al conocimiento del prójimo: “¿por qué no iniciar esta nueva cultura, esta novísima *scienza*? Lo primero sería meditar sobre qué forma de expresión fuera la más adecuada: ¿El diálogo? ¿Las *Memorias*? O, por ventura, ¿la novela?” (p. 298).

No debe resultar tan descontextualizado este giro novelesco, narrativo, de la relación orteguiana con la antropología y la etnología. Aun siendo conscientes de que la necesidad de expresión mencionada implica un sentido determinado, el del conocimiento del otro, el de la *tecnónica de la persona*, ¿cómo no va a parecer novelesco si, de un modo u otro, nos las tendremos que ver con lo extraño, lo diferente, lo heterogéneo, lo primitivo, lo salvaje? ¿Cómo no situarlo en una narración similar a la que efectúa José Ramón Carriazo en su “Introducción”, si ya el propio Ortega, un maestro de los títulos, sabe que en este caso no necesita más que un término, *Atlántidas*, para generar la atracción de lo extraño? ¿Cómo no novelar si hablamos de orígenes, germinaciones y pasados remotos, sabiendo que “todo nace en la oscuridad y en el misterio” (p. 294)? En Ortega, por supuesto, razón histórica y razón narrativa implican siempre más de lo que parece, y, en este caso, sus objetivos son tan lejanos en su extrañeza como cercanos en sus intromisiones: el otro, lo otro, los otros. Es tal carácter de otredad, de extrañeza y alteridad, el que implica las

diferentes ramificaciones y que afecta progresiva y estructuralmente a nociones fundamentales en el pensamiento orteguiano, como “sentido” y “horizonte” históricos, “cosmopolitismo”, “ámbitos culturales”, “discontinuidad” y “heterogeneidades múltiples”, “comprensión del prójimo”, “juegos de horizontes parciales” y “paisajes individuales”... todo eso que, sí, podría concentrarse en torno a una necesidad, la de “investigar cuáles son los verdaderos objetos históricos” (p. 149), pero que se distribuye en múltiples direcciones dependiendo de contextos, épocas y temáticas de estudio.

La colección de textos que nos ocupa permite asistir al despliegue de tales direcciones de un modo nítido, cierto es, pero sin ocultar la complejidad que se desarrolla en el entresijo de las relaciones. Junto a la valiosa “Introducción”, por tanto, la selección de los escritos orteguianos recogidos y el modo de organizarla es la segunda de las aportaciones que realiza esta edición. Así, junto a *Las Atlántidas* (1924), el volumen incluye, por este orden, los siguientes textos: “Las ideas de León Frobenius” (1924), “La etnología y la historia. A propósito de las conferencias de Frobenius en Madrid” (1924), “Dan-Auta (cuento negro)” (1922), “Al margen del libro *Los Iberos*” (1909), “El genio de la guerra y la guerra alemana” (1916 y 1928), “El *Quijote* en la escuela” (1920), “Para una psicología del hombre interesante” (1925), “La querella entre el hombre y el mono” (1927), “Abenjaldún nos revela el secreto” (1928), “El silencio, gran brahmán” (1928) y “Guillermo Dilthey y la idea de la vida” (1933-1934). La selección

la completa, en anexo, una carta de Ortega a Julio Caro Baroja fechada en abril de 1953, mientras que las notas que acompañan a los textos son siempre filológicas (variantes, procedencia de los artículos, aclaraciones bibliográficas, etc.), asumiendo así criterios similares a los de las *Obras completas*.

Siempre podrá discutirse la presencia o ausencia de determinados textos, claro está, pero el editor ha elegido bien, sobre todo teniendo en cuenta la ramificación de temas aludida. Además, el hecho de que no se haya seguido un orden cronológico permite generar un sentido, reforzado a su vez por un detalle editorial quizá no intencionado: la ausencia de separaciones entre los artículos que siguen a *Las Atlántidas*, como si todos ellos fuesen capítulos de un mismo libro. Ambos elementos desprenden la misma idea, a saber, la configuración de una ordenación temática, casi diría conceptual, donde las claves y categorías discurren entrelazadas mediante un juego de significados. Demuestra todo ello la coherencia de la edición, pues si, por un lado, obliga al lector a moverse entre contextos diferentes, por el otro le concede la posibilidad de asistir al despliegue del pensamiento antropológico de Ortega tanto en su sentido principal, como en el de la heterogeneidad de sus consecuencias. Y es que, en efecto, la antropología orteguiana tiene su objetivo inicial en la ampliación del horizonte histórico, tanto en el tiempo como en el espacio, tanto en la prehistoria como en la etnología, asumiendo con ello el pluralismo, la heterogeneidad y el policentrismo necesarios para impedir cualquier tipo de normatividad restricti-

va, sea del tipo que sea. Ahora bien, esta generación de diferencias, este juego de distancias que denominamos “sentido histórico”, donde “el pluralismo de las culturas es, pues, una y misma cosa con el método propio de *nuestra* ciencia histórica” (p. 143), es algo que atañe a ámbitos que afectan al conjunto del sistema.

Por ello, la ordenación temática de los textos seleccionados permite observar de un modo espléndido las consecuencias de esta convivencia con lo extraño, lo diferente y lo distante que es, en el fondo, la antropología de Ortega. Así, junto al análisis del sentido histórico en *Las Atlántidas* y los artículos sobre las conferencias de Frobenius, es posible percibir la coherencia de Ortega al defender obsesivamente la educación de la vida espontánea en el niño, ese resto de “vida salvaje en el espíritu” (p. 212), tal como aparece en “El *Quijote* en la escuela”. También resulta más fácil entender las críticas a Scheler y las ideas de Ortega sobre la guerra y el pacifismo, incluso acceder a su teoría del amor y del conocimiento del prójimo desde la nueva disciplina que “nos enseñará que las almas tienen formas diferentes, lo mismo que los cuerpos” (p. 241). No extrañaría demasiado, incluso, pensar en una de las tesis principales de “La querrela entre el hombre y el mono”, la de la especie humana “como una casta que ha sobrevivido a su inadaptación y a su retraso biológico” (p. 264), como elemento básico para entender la teoría orteguiana de la técnica. Más aún, podríamos cómodamente extender la dialéctica entre nomadismo y sedentarismo

que se analiza en “Abenjaldún nos revela el secreto”, esa idea cíclica de las sociedades donde “la civilización de la ciudad es la muerte histórica; muerte siempre entre delicias” (p. 277), podríamos extenderla, digo, hasta la crítica hegeliana a los tiempos satisfechos que utiliza Ortega en momentos determinantes de *La rebelión de las masas*.

La antropología de Ortega, en su gestión de la parte misteriosa del asunto, la que ha de lidiar con pasados remotos y culturas *completamente otras*, con intimidades profundas y prójimos tan conocidos como inaccesibles, recorre así diferentes áreas del sistema. En tal travesía, Ortega se adecúa a su tiempo, tanto a sus investigaciones y progresos científicos, que conoce con detalle, como al aire, al tema, a las necesidades de la época. Y, sin embargo, la clave de todo ello no se encuentra únicamente en ese apego a las concreciones del periodo, sino en saber utilizarlas en ámbitos que superan su contexto inicial. Es precisamente tal extensión de determinaciones la que convierte a la antropología de Ortega en algo fundamental: un acceso privilegiado al conjunto de su pensamiento que no sólo se ocupa de todo lo diferente y heterogéneo, sino que, una vez hallado y revalorizado, lo dispone como pieza básica en las estrategias orteguianas. Sin duda alguna, facilitar el tránsito por tales estrategias, de un modo ordenado, contextualizado y muy bien presentado, es el gran mérito de esta edición de *Las Atlántidas* y otros textos antropológicos.